

IV

John Bull ⁽¹⁾

(Traducido de una descripción inglesa de Londres.)

Parece que los irlandeses, por una inmutable ley de su naturaleza, consideran la ociosidad como el más genuino y característico signo por que puede conocerse á un *gentleman*, y aunque á todos los individuos de ese pueblo les pudo suceder que, á causa de su pobreza, no pudieran cubrir nunca su gentil parte posterior, á pesar de esto, son *gentlemen* (2) por su nacimiento; así

(1) Todo este artículo falta en la versión francesa. — Lo de traducido de una descripción inglesa de Londres es, á todas luces, una humorada de Heine, pues no parece creíble que de ser tal se analizara con tan cruel escalpelo á sí propio el pobre John Bull (Juan Buey), por más que al fin no queda malparado. Además, las ideas y el estilo no cabe duda que son de Heine. (*Nota del traductor.*)

(2) *Gentleman*, plural *gentlemen*, que quiere decir en inglés, primero, *hombre benévolo, educado, culto*, es un título que se emplea por los ingleses como por los españoles el *Don*, y es aplicado á toda persona de educación ó posición que carece de otro título nobiliario ó académico, y también su uso es análogo al de el español *caballero*, en su acepción moderna y usual, fuera de órdenes militares, etc. (*N. del T.*)

como ocurre que son relativamente pocos los vástagos de la verde Erin que se mezclan con los comerciantes de la *City*.

Aquellos irlandeses que cuentan con escasa educación ó casi con ninguna, y éstos bien puede decirse que son los más, son caballeros jornaleros (*gentlemen day-labourers*), y los restantes son *gentlemen* ante sí y por sí. Si pudieran, mediante un rápido *golpe de mano* (1), lograr el goce de una riqueza mercantil, fácilmente, y aun con gusto, se decidirían á darle; pero no pueden resignarse á permanecer sentados en el trípode del escritorio, inclinados ante el pupitre sobre los largos libros comerciales, para hacerse lentamente una fortuna.

Completamente lo mismo le pasa al escocés. Su deseo de llegar á la copa del árbol es bastante vivo; pero sus esperanzas son menos violentas y más perseverantes: la difícil constancia substituye al momentáneo fuego.

El irlandés salta y brinca como una ardilla; y cuando, lo que sucede con frecuencia, no se agarra bien al tronco y á las ramas, cae, se precipita en su cabaña y allí se está empolvado, cuando no maltrecho, hasta que una multitud de saltos dados en distintas direcciones, sirven de preparación á un nuevo ensayo, que probablemente resulta tan infructuoso como el anterior.

Al contrario, el tardo escocés escoge su árbol con gran cuidado; examina si está bien desarrollado y si es bastante fuerte para soportarle, y si está sólida-

(3) En el original *coup de main*.

mente plantado en sus raíces, á fin de que no le derribe el soplo de la tempestad del acaso. Procura también que todas las ramas inferiores sean vigorosas y que aseguren el éxito de sus oscilaciones, mediante una conveniente sucesión de nudos salientes en su corteza. Empieza por abajo, considerando atentamente cada rama antes de confiarse á ella, y nunca mueve un pie sin haberse asegurado de que el otro está en firme. Otros, más acolorados y menos reflexivos, pronto le adelantan y se burlan de la lentitud y angustia de su avance; pero esto le importa poco: él sigue trepando con paciencia y constancia, y, si alguno de aquéllos viene á tierra y él se mantiene arriba, entonces empieza á reírse de él, y se ríe de todo corazón.

Esta admirable y preciosa capacidad del Escocés se manifiesta en las ocupaciones mercantiles. Su extraordinaria complacencia hacia sus superiores, la constante prontitud con que tiende su vela á todos los vientos, ha hecho que no sólo se puedan encontrar en las casas de comercio de Londres un sinnúmero de escribientes escoceses, sino también de escoceses asociados. Sin embargo, á pesar de su número é influencia, de ningún modo han logrado los escoceses imprimir su carácter nacional en esta esfera de la sociedad de Londres, sino que precisamente aquellas propiedades por las cuales, al principio de su carrera, son los mejores servidores de sus principales y después sus mejores asociados, hacen también que ellos imiten las costumbres y los gustos de los que les rodean.

Además, encuentran que son menos considerados en su nuevo país aquellos objetos á que en el suyo asig-

nan el valor más subido. Su pequeña constitución feudal, su jactancioso parentesco con cualquier intonso propietario de dos ó tres montañas peladas, sus leyendas de dos ó tres hombres extraordinarios, cuyos nombres jamás se han oído fuera de Escocia, la moderación puritana en que han sido educados, y la economía, de que han hecho algo propio, todas estas y otras análogas cualidades no se avienen con las costumbres positivas y pródigas de *John Bull*.

La impronta de *John Bull* es tan profunda y vigorosa como la de una medalla conmemorativa griega; dondequiera y como quiera que se le halle, sea en Londres ó en Calcutta, como señor ó como sirviente, no puede jamás desconocérsele. Por doquiera es un ser que tiene algo del hecho grosero; muy honrado, pero absolutamente antipático. Tiene en un todo la solidez de una substancia material, y nunca se puede mirar alrededor suyo, esté donde esté ó con quienquiera que esté que no sea *John Bull*, considerado como la primera persona; como tampoco se verá que admita nunca lección ó consejo de nadie, sin haber antes puesto cara de necesitarle. Y dondequiera que esté se observa su propio *confort*, pues su propio, inmediato y personal *confort* (1) es el objeto supremo de todos sus deseos y esfuerzos.

Cuando consiente en entrar en relación con alguien, es porque piensa *John Bull* que en ello hay alguna ganancia en perspectiva. Pero si se quiere tener en él

(1) *Comodidad* en todos sus aspectos.

un amigo íntimo, hay que hacerle la corte como ó una doncella, y una vez que al fin se ha conseguido su amistad, bien pronto se encuentra uno con que no merecía la pena. Primero, cuando anda uno solícito en torno suyo, no pasa de corresponder con fría y escasa política; pero lo que tiene que dar después no es mucho más. Se encuentra en él una formalidad mecánica y una pública confesión de ese amor propio que otras gentes tal vez poseen en más alto grado, pero que le ocultan también cuidadosamente; de manera que el más espléndido banquete de un inglés apenas si nos agrada la mitad que el puñado de dátiles que nos ofrece el beduino en el desierto.

Pero, en tanto que *John Bull* es el más frío de los amigos, es, no obstante, el vecino más seguro, y el más franco y generoso enemigo; al par que guarda su propio castillo como un *bajá*, jamás trata de introducirse en el ajeno.

¡*Confort* é independencia! Por lo uno entiende él el derecho que tiene de adquirir cuanto pueda convenir á su más refinada comodidad; por la otra entiende el sentimiento de que puede hacer todo lo que quiera y decir todo lo que piense. Estas dos son para él las cosas principales, y se preocupa poco de las fortuitas y quizá quiméricas distinciones que al resto del mundo tantas plagas y necesidades reporta.

Su orgullo, porque tiene orgullo en abundancia suficiente, no es el orgullo de Haman; poco le importa si el judío Mardachai se tendía á sus anchas á la puerta de su casa; sólo se cuida de que el susodicho Mardachai no se meta en la suya sin su especial permiso, que

seguramente sólo le otorgaría cuando esto coincidiera con su propia ventaja y *confort*.

Su orgullo es una planta inglesa; aunque es bastante engreído, su engreimiento no es análogo al de los demás pueblos. Jamás se le ve adoptar un aire de dignidad á cuenta y según la categoría de sus predecesores; cuando *John Bull* tiene el bolsillo lleno de guineas, se ha hecho un hombre, y está bien acomodado, no le importa un bledo que su abuelo haya sido un duque ó un carretero. «Cada uno es cada uno y uno mismo no es su padre», es la teoría de John, y con arreglo á ella dirige sus negocios.

Se jacta solamente de ser inglés, de que vió la luz del día, dondequiera que fuera, entre Lowestoft y Saint Davids, y entre Pensance y Berwick, y hace alarde de ello como si hubiera nacido en algún otro fragmento del planeta. Que la vieja Inglaterra le pertenece y él pertenece á la vieja Inglaterra, sea; mas para él ésta no se parece nada al resto del mundo, pues ella puede alimentar al mundo todo, instruir al mundo todo, y cuando esto lo haya realizado, hasta conquistarle.

Esto no es más que hablar en general, pero trátese de hacer descender á John á particularidades; apriétese algo y se encuentra uno con que en esa cacareada Inglaterra no hay nada con que él pueda estar contento, fuera de si propio.

Háblesele del monarca, del mismo monarca cuyo trono con tanto orgullo sustentan sus hombros, y al punto se queja de las prodigalidades de la corona, de sus corruptelas, del real favoritismo, del creciente y amenazador influjo del trono, y llega á asegurar que,

si no existiesen importantes y súbitos cohechos y restricciones, pronto sería Inglaterra nada más que Inglaterra. Cítensele los Parlamentos y murmura y condena á ambos, se queja de que la Cámara alta está henchida del favor de la Corte, y la Cámara baja de cuestiones de partido y de corrupción, y llegará á asegurar, acaso, por último, que Inglaterra estaría mejor si no tuviera Parlamento alguno. Cítensele la Iglesia y prorumpirá en clamores contra diezmos y sacerdotes llenos de tachas, que han convertido en negocio la palabra de Dios y devoran en eclesiástica ociosidad el penoso fruto del trabajo ajeno. Cítensele la opinión pública y la gran ventaja de la rápida difusión de toda clase de comunicaciones, y se lamentará, con toda seguridad, de que el error se propaga por estos mejorados caminos tan rápidamente como la verdad, y que el pueblo abandona su antigua ignorancia para formarse de nuevo á favor de ellos.

En suma, no hay en Inglaterra una sola institución con la que John pueda estar completamente contento. Pues, cuando le da por vituperar á los elementos, desde el principio hasta el fin del año, murmura del clima tan duramente como de las cosas que dependen de los hombres. Hasta con los bienes que ha adquirido está descontento, si de cerca se le explora. Aunque haya acumulado grandes riquezas es, no obstante, su eterna muletilla: que está arruinado, que es un pobre mendigo, cuando vive en un palacio entre tesoros amontonados; que se muere de hambre, cuando su obesidad delata de tal suerte su buena nutrición, que le cuesta trabajo el arrastrar su panzudo abdomen de un extremo

á otro de la habitación. Sólo hay una cosa que logre su completa alabanza, y esta es la flota, los buques de guerra, los baluartes de madera de la vieja Inglaterra; y la alaba, quizá porque nunca la ha visto.

Sin embargo, no queremos vituperar esta manía crítica. Ella ha llevado á Inglaterra á hacerse y á conseguir ser lo que ahora es. Este afán de murmurar del áspero y obstinado, pero honrado *John Bull*, es quizá el baluarte de la grandeza británica en el extranjero, y de la libertad británica en el propio país, y aun algunas provincias de la Gran Bretaña, que no saben lo bastante para enriquecerse, tienen que agradecer más los bienes reales que poseen al perseverante gruñir de *John Bull* que á la complaciente filosofía de los escoceses ó al tormentoso fuego de los irlandeses.

Estos dos pueblos, actualmente amordazados, no parecen poseer suficiente fuerza ni perseverancia para reivindicar sus propios derechos y procurarse su propio bienestar; y, si alguien ha de realizar un acto de oposición contra algún atentado á la libertad general ó escogitar alguna medida de bien común, los Diarios del Parlamento y las peticiones que para ello hay que presentar, nos muestran que, en la mayoría de los casos, nadie más que el gruñón, el egoísta, el murmurador *John Bull*, fué quien se adelantó á hacer tal oposición ó á proponer tal medida; porque *John Bull* es también atrevido, viril, independiente, inflexible; sabe vencer los obstáculos y llegar á su objeto.

V

La vida de Napoleón Bonaparte,
por Walter Scott. ⁽¹⁾

¡Pobre Walter Scott!, si hubieras sido rico no hubieras escrito este libro y no te hubieras convertido en un pobre Walter Scott. Pero los curadores de la Junta del *Constable* (2) se reunieron y calcularon, y tras largas substracciones y divisiones sacudieron la cabeza, y no le quedó al pobre Walter Scott más que laureles y deudas. Entonces ocurrió lo extraordinario: el cantor de los grandes hechos quiso también ensayarse en el heroísmo, se decidió á una *cessio bonorum*, y el laurel del gran desconocido fué justipreciado para pagar grandes deudas conocidas; y así nació con precipitación hambrienta, con inspiración de fallido, la *Vida de Napoleón*, libro que, dadas las necesidades del público, curioso en general, y del ministerio inglés en particular, había de ser bien pagado.

¡Alabad al bravo burgués! ¡Alabadle vosotros, todos los filisteos de todo el globo terrestre! ¡Alábase tú,

(1) En el original alemán en inglés, así: *The life of Napoleon Buonaparte by Walter Scott*. Véase nota tomo 1.º. *Reisebilder*, páginas 168 y 169.

(2) Que entiende en las bancarrotas y deudas.

amada virtud tenderil, que todo lo sacrificas al pago de una letra en el día de su vencimiento (1); pero no me exijas que yo también le alabe!

¡Cosa extraña! (2), el muerto emperador es todavía en su tumba la ruina (3) de Inglaterra, y por él acaba de perder ahora sus laureles el poeta más grande de la Gran Bretaña!

Dígame y objétese lo que se quiera, era el poeta más grande de la Gran Bretaña. Cierto es que los críticos de sus novelas escudriñaron manchas en su grandeza, le reprocharon el extenderse demasiado y descender excesivamente á detalles, el crear sus grandes figuras tan sólo mediante la asociación de una multitud de rasgos pequeños, el necesitar de innumerables accesorios para producir los grandes efectos; pero sí, á decir verdad, se parecería en esto á un millonario que tuviera toda su fortuna sólo en moneda divisionaria, y que, cuando hubiese de abonar una suma considerable, tendría que hacerse seguir de tres ó cuatro carros cargados de sacos llenos de chelines y peniques (4), también podría contestarse con entera razón á los que se quejaran de tan mala costumbre y de lo penoso de contar y

(1) En la versión francesa falta *en el día de su vencimiento*.

(2) La versión francesa dice: *¡Cosa admirable!*

(3) La versión francesa dice: *azote*. Pero la traducción de *Verderben* es aquí *ruina*, que *acaba de arruinar* al gran poeta. Juego más bien de pensamiento que de palabra que desaparece en la versión francesa.

(4) En inglés *schilling* y *pence*, monedas análogas á las alemanas *groschen* y *pfennige*, usadas en el texto alemán, y más apropiadas al caso por tratarse de Inglaterra.

apilar tantas monedas: lo mismo da; el caso es que él paga la suma exigida; la paga, y, en el fondo, es tan solvente y hasta tan rico como cualquier otro que sólo tenga lingotes de oro que dar; hasta tiene la ventaja de la facilidad mayor del cambio, pues mientras que ese otro en el gran mercado de hortalizas no sabría cómo arreglarse con sus grandes lingotes de oro, que allí no circulan, todas las verduleras recibirían á manos llenas los buenos chelines y peniques que se les ofreciesen.

El poeta inglés ha acabado con esta riqueza popular, y él, cuya moneda era tan corriente que la duquesa y la costurera la admitían con el mismo interés, ahora ha venido á ser el pobre Walter Scott. Su destino recuerda la leyenda de los elfos de las montañas (1), jocosos bienhechores que regalan á las pobres gentes dinero, que se conserva tan lindo, brillante y provechoso mientras se le emplea bien; pero que se trueca en sus manos en deleznable polvo en cuanto se le mal emplea en objetos indignos.

Abrimos saco por saco el nuevo envío de Walter Scott, y ved: ¡en lugar de los brillantes y risueños chelines no encontramos más que polvo y siempre polvo! Le han castigado los elfos del Parnaso, las Musas, que, como todas las mujeres de elevados pensamientos, son apasionadas napoleónicas, y se han revuelto doblemente contra él, por el mal uso que ha hecho de los tesoros del ingenio que le atribuyeran (2).

(1) La versión francesa dice: *la tradición de las hadas de nuestras montañas*.

(2) La versión francesa dice: *que ellas habían regalado al gran poeta*.

El mérito y la tendencia de la obra de Scott han sido dilucidados por todos los periódicos de Europa. No solamente los indignados franceses, sino también los consternados compatriotas del autor han pronunciado juicio condenatorio. Hasta los alemanes tuvieron que asentir á este general descontento: la *Hoja literaria de Stuttgart* (1) habló con mal contenida indignación, y el *Anuario de crítica científica* de Berlín (2) y el *Crítico* (3) se expresaron, aquél con calma y frialdad y éste, á quien la calma le era tanto más fácil cuanto menos querido el héroe del libro, caracteriza la obra con estas excelentes palabras:

«No hay en esta narración ni contenido ni color, ni orden ni vivacidad. Su poderoso asunto se arrastra inseguro y fugitivo, perdido en una confusión nada profunda, si no superficial, en la que carece de relieve lo característico; ningún hecho aparecē con su determinada fisonomía; los puntos culminantes no se dejan ver por ninguna parte, no hay acontecimiento que resulte claro ni necesario, y como la trabazón es puramente externa, apenas se sospecha su sentido y alcance. En semejante exposición tiene que extinguirse por completo la luz de la historia, y esta misma debe convertirse en un cuento nada maravilloso, sino vulgar. Los discursos y consideraciones que con frecuencia se mezclan á la narración, son inoportunos. Está nuestro público hace mucho tiempo demasiado desarrollado

(1) *Stuttgarter Literaturblatt*.

(2) *Berliner Jahrbücher für wissenschaftliche Kritik*.

(3) *Der Recensent*.

para contentarse con tan exigua preparación filosófica (1). No satisface á nadie el mezquino corte de una moral que se ase no más que á hechos aislados».

De buena gana perdonaría á Walter Scott las mismas y otras peores cosas aún que expuso el perspicaz crítico berlinés Varnhagen de Ense, porque todos somos hombres (2) y el mejor de nosotros puede alguna vez (3) escribir un mal libro, y con decir entonces que éste está muy por bajo de toda crítica, es asunto concluido. Pero lo que hay, en verdad, de admirable es que en esta nueva obra no se vuelve á encontrar absolutamente el bello estilo de Walter Scott. En vano se ven acá y allá esparcidas en esta narración incolora y vulgar algunas palabras rojas, azules y verdes; en vano pretende cubrir su prosaica desnudez con brillantes girones de poetas; en vano se ha saqueado toda el arca de Noé para proporcionarse comparaciones bestiales (4), en vano hasta se ha invocado la palabra de Dios para escudar necios pensamientos. Lo más admirable todavía es que, ni una sola vez, ha logrado Walter Scott ejercitar su natural talento de retratista y pintar siquiera el exterior de Napoleón.

Nada ha aprendido Walter Scott de esos bellos cuadros que representan al emperador rodeado de sus generales y estadistas, cuando quien les contempla

(1) La versión francesa dice: *Nuestro mundo de lectores está hace largo tiempo demasiado fuerte para una preparación filosófica tan exigua*.

(2) La versión francesa: *mortales*.

(3) La versión francesa: *por casualidad*.

(4) La versión francesa: *animales*.

desapasionadamente queda profundamente sorprendido ante la trágica calma y la serenidad antigua de los rasgos de aquella fisonomía que contrasta tan dramáticamente con los movibles y pintorescos rostros del día, y delata un algo sublime y aun divino.

Pero ya que el poeta escocés no pudo concebir el retrato del emperador, mucho menos logró comprender su carácter, y de buena gana le perdono el haber blasfemado contra un dios que no conoce. También he de perdonarle el que tenga por un dios á su Wellington, y en la apoteosis del mismo extreme tanto su devoción, que él, tan fuerte en retratos de animales, no sepa con cuál compararle (1). Siempre sucede que según son los hombres así son sus dioses. El estúpido negro adora una serpiente sagrada, el baskiro de oblicuos ojos adora un feo tronco, los vulgares lapones adoran un perro marino; Sir Walter Scott, imitando á estas gentes, adora á su Wellington.

Mas yo, que soy tolerante con Walter Scott y le perdono la vaciedad, los errores, las blasfemias y las tonterías de su libro, perdonaréle también el aburrimiento que me ha causado; pero lo que de ningún modo debo perdonarle es la tendencia, que no es nada menos que la exculpación del ministerio inglés en lo concerniente al crimen de Santa Elena. «En este proceso entre el ministerio inglés y la opinión pública — como dice el crítico berlinés — hace Walter Scott el oficio de abogado»; amalgama las triquiñuelas del abogado con su talento poético para embrollar el hecho de autos y la

(1) Aquí termina el párrafo en la versión francesa.

historia, y sus clientes, que son al mismo tiempo sus patronos, debieron á buen seguro ponerle en la mano una propina además de sus honorarios.

Los ingleses no habían hecho más que asesinar á Napoleón, pero Walter Scott le ha vendido. Es un acto propiamente escocés, un acto de verdadero carácter nacional, y se ve que la codicia es siempre la misma sórdida codicia, que en nada ha cambiado desde la jornada de Naseby, donde los escoceses vendieron á su propio rey, que había confiado en su protección, á sus verdugos ingleses, por la suma de 400.000 libras esterlinas. Y aquel rey es el mismo Carlos Stuardo, á quien tan magníficamente cantan hoy los bardos de Caledonia. El inglés asesina, pero el escocés vende y canta.

Con el antedicho objeto ha abierto el ministerio inglés á su abogado el archivo del *Foreign-office*, y éste, en el noveno tomo de su obra, ha utilizado concienzudamente cuantos documentos pudieran arrojar un rayo de luz favorable á su partido y una dañina sombra sobre sus contrarios (1). Por esta razón este noveno tomo, aunque no menos carente de todo valor artístico que los anteriores, adquiere cierto interés; se esperan importantes documentos, y como no se encuentra ninguno — y esto es una prueba de que no existía — que hable en pro del ministerio inglés, este contenido negativo del libro es un resultado importante.

Todo el botín que proporciona el archivo inglés se reduce á algunas comunicaciones dignas de fe del no-

(1) La versión francesa dice: *sobre los contratos de sus clientes.*

ble Sir Hudson Lowe y sus mirmidones y algunas relaciones del general Gourgard, que, si realmente están hechas por él, aunque desvergonzado traidor á su imperial amo y bienhechor, también merecen fe (1). No quiero examinar el *factum* de estas relaciones; parecen también ser verídicas, puesto que el barón Stürmer, uno de los tres estadistas (2) de la gran tragedia, así lo ha comprobado; pero no veo lo que, en caso favorable, podría mediante ella demostrarse, si no es que Sir Hudson no fué el único bellaco (3) en Santa Elena.

Con semejantes medios auxiliares y piadosas sugerencias trata Walter Scott la historia de la prisión de Napoleón en Santa Elena, y se esfuerza en persuadirnos de que el ex emperador—así le denomina el ex poeta—no pudo hacer cosa más prudente que entregarse á los ingleses, aunque debió prever su deportación á Santa Elena; que allí fué tratado de un modo encantador, puesto que, después de todo, tenía que comer y beber, y que, finalmente, murió tan sano y tan fresco, y hasta como buen cristiano, de un cáncer en el estómago.

Mientras que Walter Scott hace prever, hasta cierto punto, al emperador hasta dónde había de llegar la generosidad de los ingleses, hasta Santa Elena, le libra del acostumbrado reproche de haberse dejado exaltar

(1) En la versión francesa falta desde: *y algunas relaciones* hasta el fin del punto.

(2) En la versión francesa *comparsas*.

(3) En la versión francesa *gredin*; en el original alemán *Lump*, de significado vaguísimo, en la gradación de lo malo que se atribuye.

tan poderosamente por la trágica sublimidad de su desdicha, que tomara á los civilizados ingleses por bárbaros persas y las cocinas de *beefsteak* de Saint James por el hogar de un gran rey, cometiendo así una heroica tontería. También hace Walter Scott al emperador el más gran poeta que en este mundo ha existido, pues nos insinúa, con toda seriedad, que todos esos memorables escritos que nos dan cuenta de sus sufrimientos en Santa Elena, todos fueron por él mismo dictados.

No puedo dejar de hacer aquí la observación de que esta parte del libro de Walter Scott, y principalmente los escritos mismos de que aquí habla, especialmente las Memorias de O'Meara y la narración del Capitán Maitland, me recuerdan á veces la historia más chistosa del mundo, de modo que la más dolorosa indignación de mi alma está á punto de convertirse de pronto en la más alegre carcajada. No es otra esta historia que *Las aventuras de Lemuel Gulliver*, libro que me hizo reír mucho allá cuando muchacho, y en el que es bien divertido leer cómo los diminutos liliputienses no saben qué hacer de su colosal prisionero; cómo trepan á millares por su cuerpo y le ligan fuertemente con innumerables y finísimos cabellos (1); con qué grandes aprestos le erigen una gran casa *ad hoc*; cómo se lamentan de la gran cantidad de víveres que diariamente tienen que procurarles; cómo le ennegrecen en el Consejo de Estado y se quejan continuamente de que cueste tanto al país; cómo de buena gana le darían

(1) La versión francesa dice: *cuerdas gruesas como cabellos*.

muerte, si no le temieran aun muerto, pues su cadáver podría acarrear una peste; cómo, en fin, se decidieron por la más gloriosa magnanimidad, y le quisieron dejar su título, contentándose con sacarle los ojos, etc.

En efecto, Lilliput está dondequiera que un grande hombre cae en manos de hombres pequeños, que infatigables en atormentarle del modo más mezquino, tienen á su vez que sufrir por él bastantes tormentos y angustias; pero si el decano Swift hubiera escrito su libro en nuestra época, no se vería en su limpidísimo espejo más que la historia de la cautividad del emperador y se reconocería hasta el color de los trajes y del rostro de los enanos que le atormentaron.

Solamente el final del cuento de Santa Elena es distinto: el emperador murió de un cáncer en el estómago, y Walter Scott nos asegura que ésta fué la única causa de su muerte. No quiero contradecirle en este punto; la cosa no es imposible. Posible es que un hombre á quien se acaba de colocar sobre el potro del tormento muera repentina y naturalísimamente de una apoplejía; pero las malas lenguas dirán que le dieron muerte sus verdugos, y las malas lenguas se han empeñado en considerar la cosa de una manera completamente distinta que el bueno de Walter Scott.

Cuando este buen hombre, que por otra parte es muy versado en la Biblia y cita con gusto el Evangelio, en aquella revuelta de los elementos, en aquel huracán que estalló á la muerte de Napoleón, no ve más que un suceso que también tuvo lugar á la muerte de Cromwell, el mundo tiene sobre ello sus ideas propias. Él considera la muerte de Napoleón como el más ho-

roroso crimen, y la explosión de su doloroso sentimiento se trueca en adoración.

En vano se hace Walter Scott el *advocatum diaboli*; de todos los nobles corazones surge la santificación del muerto emperador; todos los nobles corazones de la patria europea desprecian á sus pequeños verdugos y al gran bardo que se ha hecho su cómplice (1). Las musas inspirarán á mejores cantores para que celebren á su héroe favorito, y si un día los hombres enmudecen, las piedras hablarán, y la roca del mártir de Santa Elena surgirá medrosa de las olas del mar y narrará á los siglos (2) su gigante historia (3).

(1) La versión francesa añade: *con su libro*.

(2) El original alemán dice: *Jahrtansenden* = millares de años.

(3) La versión francesa dice: *su leyenda imperial*.

VI

Old-Bayley.

Ya el nombre de *Old-Bayley* (1) llena de terror el alma. Al punto se figura uno un edificio grande, negro y melancólico, un palacio de la miseria y del crimen. El ala izquierda, que forma la verdadera *Newgate* (2), sirve de prisión criminal, y no se ve allí más que un gran paredón de piedras cuadradas, ennegrecidas por el tiempo, en el que hay dos nichos con sus respectivas figuras alegóricas, también negras, y, si no me equivoco, una de ellas, la que representa la Justicia, como es corriente, tiene rota la mano que sostenía la balanza, y no queda más que una mujer ciega que empuña una espada. Próximamente hacia el medio del edificio se halla el altar de esta diosa, es decir, la ventana donde se adosa el tablado de la horca, y, finalmente, á la derecha, se encuentra la sala del tribunal criminal donde se celebran las sesiones trimestrales. Aquí hay una puerta que, como la puerta del infierno del Dante, debía tener la inscripción:

(1) *La bailía vieja.*

(2) *La puerta nueva.*

Per me si va nella città dolente
 Per me si va nell' eterno dolore
 Per me si va tra la perduta gente.

Por esta puerta se va á un pequeño patio donde se reúne la espuma del populacho para ver pasar á los criminales; también están allí sus amigos, enemigos, parientes, hijos, pordioseros, idiotas, y, especialmente, viejas que tratan la causa del día quizá con más penetración que los jueces y el jurado, á pesar de toda su chistosa solemnidad y de su enojosa jurisprudencia. Yo he visto á la puerta del tribunal una vieja que, en el círculo de sus comadres, defendía mejor al pobre negro William (1) que dentro, en la sala (2), su abogado, hombre profundamente instruido; y cuando hubo enjugado la postrera lágrima de sus enrojecidos ojos con su desgarrapizado delantal, pareció también que todo el crimen de William se había borrado con ella.

En la sala del tribunal, que no es muy grande, abajo, ante lo que se llama la barra, hay poco espacio para el público; pero arriba, á uno y otro lado, hay galerías muy espaciosas, con altos bancos, donde los espectadores se apilan unos sobre otros.

Cuando visité la *Old-Bayley*, encontré sitio en una de estas galerías, que me fué abierta por una anciana portera, mediante un chelín de gratificación. Llegué en el momento en que el jurado se levantaba para retirar-

(1) La versión francesa dice: *William le Noir*, cuya segunda mayúscula convierte en apellido lo que no lo es.

(2) La versión francesa añade: *de la Audiencia*.

se á deliberar sobre si el negro William era culpable ó no del crimen que se le imputaba.

En éste como en los demás tribunales de Inglaterra, se sientan los jueces envueltos en su toga negra azulada con vueltas de color violeta claro, y cubierta la cabeza con una peluca empolvada de blanco, que con frecuencia contrasta algo ridículamente con las cejas y las patillas negras. Siéntanse en elevados sillones ante una larga mesa verde, al extremo superior de la sala, en cuya pared, grabado en letras de oro, se ve un pasaje bíblico que les advierte no deben pronunciar fallos injustos. A uno y otro lado están los bancos de los individuos del jurado y los sitios donde se colocan de pie los acusadores y los testigos. Precisamente enfrente de los jueces está el sitio de los acusados; no se sientan éstos en el banquillo de los criminales, como en los tribunales públicos de Francia y de las provincias del Rhin, sino que permanecen de pie tras una plancha singular que está cortada, en su parte superior, á modo de una puerta de arco estrecho, en la cual hay un espejo sabiamente colocado, que permite al juez observar perfectamente la expresión del rostro de los acusados. También se ponen ante estos últimos algunas hierbas frescas, para fortificar sus nervios, y esto puede ser necesario (1) á veces, cuando la acusación afecta á su cuerpo y á su vida. También vi sobre la mesa de los jueces las mismas hierbas verdes y hasta una rosa. Yo no sé cómo fué, pero la vista de aquella rosa me produjo una emoción profunda. ¡La encendida y fragante

(1) La versión francesa dice *útil*; el original alemán *nöthig*.

rosa, la flor emblema del amor y de la primavera, yacía sobre la terrible mesa de los jueces de Old-Bayley! Había en la sala una atmósfera tan sofocante y pesada; reinaba por doquier una tristeza y un malestar indefinibles; aquello era el delirio de la seriedad. ¡Parecía que les corrieran á los hombres horribles arañas por los aterrados semblantes! ¡Parecían oírse chirriar sobre la cabeza del negro William los férreos platillos de la balanza de Themis! (1).

En la galería se formó también el respectivo jurado.

Una gruesa dama, en cuyo rostro abotagado y encendido centelleaban sus ojillos como gusanos de luz, hizo la observación de que el negro William era todo un buen mozo. Entretanto, su vecina, alma tierna y arrulladora, alojada en un cuerpo de mal papel de cartas (2), afirmó que llevaba los cabellos negros demasiado largos é incultos, y que relampagueaban sus ojos como los de M. Kean en *Othello*. — «Al contrario — continuó, — Thomson es un hombre completamente distinto, con sus cabellos claros y brillantes peinados á la moda. Y es un hombre hábil, toca un poco la flauta, pinta algo y habla un poco francés». — «Y roba un poco» — añadió la dama gruesa. — «Y qué, ¡robar! — replicó la escuálida vecina. — Eso no es tan bárbaro como la falsificación; pues un ladrón, supongamos que ha robado un carnero, es transportado á Botany-Bay; mientras que al criminal que ha falsificado una firma

(1) Estos tres últimos puntos están estropeados en la versión francesa, y no es extraño, pues hay que entenderlos.

(2) La versión francesa dice *velin*; pero el original *Postpapier*.

se le ahorca sin piedad ni misericordia» — «¡Sin piedad ni misericordia! — suspiró junto á mí un hombre flaco, que vestía un traje de color negro dudoso — ¡Ahorcar!, ningún hombre tiene derecho de matar á otro, y los cristianos mucho menos debieran pronunciar una sentencia de muerte, porque debían acordarse de que el fundador de su religión, nuestro Señor y Salvador, fué sentenciado y ejecutado siendo inocente» — «¡Cómo! — exclamó la minúscula dama, á la vez que reían sus delgados labios. — Si semejante falsario no fuese ahorcado, ningún rico tendría segura su fortuna; por ejemplo: el judío grueso de Lombard-Street, Saint-Sivinthin's-Lane ó nuestro amigo Mr. Scott, cuya letra ha sido perfectamente imitada. Y Mr. Scott ha ganado bien duramente su fortuna; hasta se dice que se ha hecho rico recibiendo dinero por tomar para sí las enfermedades de los demás, hasta el punto de que los muchachos corren todavía por la calle tras él, y gritan: — «Te doy una moneda de seis peniques si me tomas mi dolor de muelas; te doy un chelín si quieres tomar la joroba de Godofredillo» (1).

— «Es curioso — interrumpió la dama gruesa, — es curioso que habiendo sido antes el negro William y Thomson los mejores camaradas, que han habitado, comido y bebido juntos, ahora Edward Thomson haya acusado de falsificador á su antiguo amigo. ¿Por qué no está aquí la hermana de Thomson, que antes corría por doquiera en pos de su querido William?»

Entonces, una linda joven, sobre cuyo dulce rostro

(1) En la versión francesa *petit Georges*.

se veía extendida una sombría aflicción, como un velo negro sobre un florido rosal, refirió en voz baja una larga y llorosa historia, de la que no comprendí más que su amiga, la bella *Mary*, había sido cruelmente golpeada por su hermano, y que estaba en cama medio muerta.

— «¡No la llares la bella *Mary*! — murmuró malhumorada la dama gruesa — Está demasiado delgada, está demasiado delgada para que se la pueda llamar bella, y ahorcan á su *William*...»

En este momento aparecieron los individuos del jurado, y declararon que el acusado era culpable de falsificación. Cuando sacaron de la sala al negro *William*, dirigió una mirada intensa, muy intensa á *Edward Thomson*.

Según una leyenda oriental, Satán fué en otro tiempo un ángel, y vivía en el cielo con los otros ángeles, hasta que queriendo inducirlos al mal, Dios le precipitó en la eterna noche del infierno. Pero, mientras bajaba precipitado del cielo, miraba sin cesar hacia arriba, miraba siempre al ángel que le había acusado, y cuanto más descendía tanto más terrible, tanto más terrible se hacía su mirada. Espantosa debió ser la mirada, pues el ángel á quien la dirigió se tornó pálido, jamás volvieron á enrojarse sus mejillas, y desde entonces se le llama el ángel de la muerte.

Edward Thomson se puso pálido como el ángel de la muerte.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO
VII

Los castigos corporales en Inglaterra. ⁽¹⁾

No puedo asegurar con precisión bastante cuán contrario soy á la aceptación del palo, en general, y cuánto se sublevar mis sentimientos, en particular, cuando veo apalearse al prójimo. El orgulloso señor de la Tierra, el elevado espíritu que se enseñoorea del mar, y que investiga las leyes que presiden á los astros, de ningún modo puede ser, seguramente, más humillado que mediante el castigo corporal. Los dioses crearon el palo para moderar el ardiente orgullo de los hombres; pero éstos, cuyo espíritu de invención se fué aguzando con el disimulo de su altivez, creó, en oposición á él, el pundonor ⁽²⁾. Franceses, japoneses, brahmanes, indios y toda la oficialidad del continente han perfeccionado, de la más hermosa manera, este descubrimiento, y han ensalzado la venganza del honor en párrafos y duelos, que, aunque condenados por las leyes del Estado, por la religión y hasta por la conciencia, son, no obstante, una bella floración de la humanidad.

Entre los ingleses donde, por otra parte, todos los

(1) Este artículo falta en la versión francesa.

(2) En el original alemán en francés: *point d'honneur*. La palabra castellana es idéntica: *pun d'honor*.

inventos son llevados á la más alta perfección, el pun-donor no ha recibido todavía su verdadero pulimento. Los ingleses siguen considerando el apaleamiento como un mal no tan grande como la muerte, y, durante mi estancia en Inglaterra, presencié varias escenas, por las que llegué á convencerme de que los palos no producen en la libre Inglaterra tan mal efecto sobre la honra personal como en la despótica Alemania. He visto apalear *lores*, y parecía que no sentían más que la materialidad de esta pena. En las carreras de caballos, en Epsom y Brighton, vi *jokeys* que, para abrirse camino en una carrera de apuesta, iban repartiendo golpes á diestro y siniestro con un largo látigo, y fustigaban á cuantos *lores* y *gentlemen* encontraban en su camino. ¿Y qué hacían aquellos señores, hasta cierto punto tranquilos? Pues reían, aunque con semblante algo ceñudo.

Pero, aunque no sea tan deshonoroso en Inglaterra el castigo corporal, no por eso ha de considerársele menos cruel. Aunque esto no sólo afecta al pueblo inglés, sino también á la aristocracia, pues, entre los buenos ingleses, no se concibe de otro modo sino como seguridad de su propio señorío. Hombres libres, con libre sentimiento del honor, no soportan este signo de despotismo; éste necesita ciegos súbditos, esclavos apaleados.

El soldado inglés tiene que ser completamente una máquina, un autómeta que, á la voz de mando, marcha ó dispara; de aquí que no necesite tampoco un jefe de personalidad importante, como le necesitan los libres franceses, á quienes guía el entusiasmo, y quienes, ante todo, bebieron el fuego de su alma en la de su gran

caudillo, y, en su embriaguez, conquistaron el mundo. Los soldados ingleses no necesitan un general, ni siquiera un bastón de general, sino tan sólo un bastón corpóreo que ejecute, como es de esperar de un pedazo de madera, con toda tranquilidad y exactitud, las meditaciones instrucciones del ministerio. Y ¡hola!, puesto que alguna vez he de glorificarla, reconozco que un bastón de esta clase, completamente superior, es... Wellington, ese arlequín, angulosamente recortado, que se mueve por medio de una cuerdecilla, de la que tira la aristocracia; ese vampiro de palo que, con su mirada de palo (*wooden look*, como diría Byron), y yo pudiera añadir con su corazón de palo, chupó la sangre de los pueblos. En verdad que la vieja Inglaterra puede considerarse como ese muro protector de madera, de que continuamente hace alarde.

El general Foy en su *Historia de la guerra de la Península pirenaica* (1) ha descrito, muy exactamente, el contraste que ofrecían los militares franceses é ingleses y su disciplina, y esta pintura nos muestra lo que hacen del soldado el sentimiento del honor y el palo.

Debe esperarse que no se mantenga ya, durante mucho tiempo, el cruel sistema que la aristocracia inglesa sigue practicando, y que *John Bull* parta en dos trozos el palo corporal vigente, pues *John* es un buen cristiano, es dulce y benévolo, le arranca suspiros la dureza de las leyes de su país y vive la humanidad en su corazón. Á este propósito pudiera referir una linda historia. Otra vez será.

(1) Nuestra guerra de la Independencia.—(N. del T.)